

Carlo Collodi

Las aventuras de Pinocho

*Traducción y notas de Guillermo Piro
Ilustraciones de Carlo Chiostri (1901)*

I

**De cómo maese Cereza, carpintero,
encontró un pedazo de madera
que lloraba y reía como un niño. (1)**

Había una vez...

“¡Un rey!”, dirán enseguida mis pequeños lectores.

No, muchachos, se han equivocado. Había una vez un pedazo de madera.

No era una madera lujosa, sino un simple pedazo de leña, de esos que en invierno se meten en las estufas y en las chimeneas para encender el fuego y calentar las habitaciones.

No sé cómo ocurrió, pero el hecho es que un buen día este pedazo de madera apareció en el taller de un viejo carpintero, cuyo nombre era maese Antonio, aunque todos lo llamaban maese Cereza, a causa de la punta de su nariz, que siempre estaba brillante y violácea, como una cereza madura.

Apenas maese Cereza vio ese pedazo de madera, se alegró mucho; y fro-tándose las manos, satisfecho, murmuró a media voz:

—Esta madera ha aparecido a tiempo: me servirá de ella para hacer la pata de una mesita (2).

Dicho y hecho, tomó inmediatamente el hacha bien afilada para comenzar a quitarle la corteza y a desbastarla, pero cuando estaba por atestar el primer hachazo se quedó con el brazo suspendido en el aire, porque oyó una vocecita muy suave que pidiendo clemencia decía:

—¡No me golpees tan fuerte!

¡Imagínense (3) cómo quedó el buen viejo maese Cereza!



Con los ojos desencajados miró alrededor para ver de dónde podía proceder esa vocecita, ¡y no vio a nadie! Miró debajo del banco, y nadie; miró en el cajón de las virutas y del aserrín, y nadie; abrió la puerta del taller para echar una mirada también a la calle, y nadie. ¿O tal vez...?

—Ya entiendo —dijo entonces riendo y rascándose la peluca—; se ve que esa vocecita me la imaginé yo. Volvamos al trabajo.

Y tomando nuevamente el hacha dio un solemnísimo golpe sobre aquel trozo de madera.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —gritó quejándose la misma vocecita.

Esta vez maese Cereza se quedó de piedra, con los ojos fuera de las órbitas por el miedo, con la boca abierta y la lengua afuera, colgándole hasta el mentón, como el mascarón de una fuente.

Apenas recobró el uso de la palabra comenzó a decir, temblando y balbuceando a causa del miedo:

—¿Pero de dónde habrá salido esa vocecita que ha dicho ay...? Y sin embargo aquí no hay nadie. ¿Será posible que este trozo de madera haya aprendido a llorar y a lamentarse como un niño? No lo puedo creer. La madera está aquí; es un trozo de madera de chimenea, como todos los otros, de los que se echan al fuego para hacer hervir una olla de porotos... ¿O tal vez...?

¿Y si hay alguien escondido dentro? Si hay alguien escondido allí, peor para él. ¡Yo voy a arreglar esto!

Y diciendo eso agarró con las dos manos aquel pobre trozo de madera y se puso a golpearlo sin piedad contra las paredes del taller.

Después se puso a escuchar, para ver si oía el lamento de alguna vocecita. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, ¡y nada!

—Ya entiendo —dijo entonces esforzándose por reír y rascándose la peluca—, ¡se ve que esa vocecita que dijo ay, me la imaginé yo! Volvamos al trabajo.

Y como el miedo le había entrado hasta los huesos, se puso a canturrear para darse un poco de ánimo.

Entretanto, dejando el hacha a un lado, tomó en su mano el cepillo, para cepillar y pulir el trozo de madera; pero mientras cepillaba de arriba abajo volvió a oír la misma voz que riendo le dijo:

—¡Basta ya! ¡Me estás haciendo cosquillas!

Esta vez el pobre maese Cereza cayó al suelo como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos se encontró sentado en el suelo.

Su rostro parecía transfigurado, e incluso la punta de la nariz, que solía tenerla siempre violácea, se le había puesto azul a causa del miedo.

II

**Maese Cereza, regala el trozo de madera a su amigo Geppetto,
el cual lo acepta para fabricar con él un maravilloso muñeco
que sepa bailar, practicar esgrima y dar saltos mortales.**

En aquel momento llamaron a la puerta (4).

—Adelante —dijo el carpintero, sin fuerzas para volver a ponerse de pie.

Entonces entró en el taller un viejito muy vivaz que se llamaba Geppetto; pero los chicos del vecindario, cuando querían hacerlo enojar, lo llamaban con el sobrenombre de Polentita, a causa de su peluca amarilla, que se parecía muchísimo a la polenta de maíz.

Geppetto tenía muy mal genio, ¡Cuidado con llamarlo Polentita! De inmediato se ponía hecho una furia y no había modo de contenerlo.

—Buen día, maese Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué hace ahí en el suelo?

—Les enseñé a contar a las hormigas (5).

—¡Que le haga provecho!

—¿Qué lo trajo a verme, compadre Geppetto?

—Las piernas. Sabe, maese Antonio, vine a verlo para pedirle un favor.

—Aquí me tiene, listo para servirlo —replicó el carpintero, alzándose sobre sus rodillas.

—Esta mañana se me ocurrió una idea.

—Oigámosla.

—Pensé en hacer un lindo muñeco de madera; pero un muñeco maravilloso, que sepa bailar, practicar esgrima y dar saltos mortales. Con este muñeco quiero dar la vuelta al mundo, para conseguir un trozo de pan y un vaso de vino; ¿qué le parece?

—¡Bravo, Polentita! —gritó la acostumbrada vocecita, que no se entendía de dónde salía.

Al oír que lo llamaban Polentita, el compadre Geppetto se volvió rojo como un pimiento, y volviéndose al carpintero le dijo, furioso:

—¿Por qué me ofende?

—¿Quién lo ofende?

—¡Me llamó Polentita!...

—Yo no fui.

—¡Ahora resulta que fui yo! Yo digo que fue usted.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y acalorándose cada vez más pasaron de las palabras a los hechos, y, agarrándose, se arañaron, se mordieron y se dieron de lo lindo.

Acabado el combate, maese Antonio se encontró con la peluca amarilla

de Geppetto en las manos, y Geppetto se dio cuenta de que tenía la peluca canosa del carpintero en la boca.

—Devuélvame la peluca —dijo maese Antonio.

—Y usted devuélvame la mía, y hagamos las paces.

Los dos viejitos, después de haber recuperado cada uno su propia peluca, se estrecharon las manos y juraron que serían buenos amigos toda la vida.

—Entonces, compadre Geppetto —dijo el carpintero en son de paz—, ¿cuál es el favor que quiere de mí?

—Quisiera un poco de madera para fabricar mi muñeco; ¿me la da?

Maese Antonio, muy contento, fue enseguida a tomar del banco aquel pedazo de madera que le había dado tanto miedo. Pero cuando fue a entregárselo a su amigo, el pedazo de madera dio una sacudida, y escapándosele violentamente de las manos fue a golpear con fuerza en las descarnadas canillas del pobre Geppetto.

—¡Ah! ¿Es éste el bonito modo en que maese Antonio regala sus cosas? ¡Casi me ha dejado rengo!...

—¡Le juro que yo no fui!

—¡Entonces fui yo!...

—La culpa la tiene esta madera...

—Por cierto que la culpa la tiene la madera: ¡pero ha sido usted quien me la ha tirado a las piernas!

—¡Yo no se la he tirado!

—¡Mentiroso!

—Geppetto, no me ofenda; ¡si no, lo llamo Polentita!...

—¡Asno!

—¡Polentita!

—¡Burro!

—¡Polentita! (6)

—¡Mono feo!

—¡Polentita!

Al oír que lo llamaban Polentita por tercera vez, Geppetto perdió los estribos y se arrojó sobre el carpintero; y allí volvieron a darse de lo lindo.

Acabada la batalla, maese Antonio se encontró con dos arañazos más en la nariz, y el otro con dos botones menos en el chaleco. Saldadas de este modo las cuentas, se estrecharon la mano y juraron ser buenos amigos toda la vida.

Entretanto, Geppetto tomó el buen pedazo de madera y agradeciendo a maese Antonio (7) volvió rengueando a su casa.



Notas del traductor

- (1) Los títulos de los capítulos, a modo de didascalia, aparecen en la primera edición en volumen.
- (2) El traductor es enemigo natural de los diminutivos, pero en las Aventuras son precisamente éstos los que indican una fuerte pertenencia psicológica al mundo inestable de lo efímero.
- (3) Primera de una larga serie de llamados al “pequeño lector” que pueblan las Aventuras, en los que el autor irrumpe en el relato para hacerlo partícipe de algún suceso particular o para llamar su atención con el fin de agilizar la comprensión de lo que ocurrirá, y que de ahora en más evitaremos destacar.
- (4) Cuando hace un instante maese Cereza abrió la puerta del taller y echó una mirada a la calle buscando alguien a quien atribuirle aquella “vocecita muy suave”, no había nadie. Y ahora resulta que ese “nadie” golpea a su puerta.
- (5) “Insegnare l’abbaco alle formicole”. La respuesta retórica e irónica, proviene de un dicho popular: “Insegnare l’abbaco” significa: enseñar a contar.
- (6) Nótese que todos los insultos que Geppetto dirige a maese Cereza son de naturaleza animal: asno, burro, mono feo. Maese Cereza puede ser insultado de muchos modos, es un hombre, le corresponde cualquier insulto. Pero Geppetto puede ser insultado sólo con el ambiguo nombre de Polentita.
- (7) “Señoras y señores, quisiera que me fuese permitido despedir calurosamente a maese Cereza, que ha, no sin decoro y con la ineptitud que tiene en común con todos nosotros, llevado a cabo una tarea nada fácil ni halagüeña: no olvidemos que él es nuestro único representante, aquel cuyo único destino es el error” (Manganelli, Giorgio; Pinocchio: un libro paralelo; Einaudi, Turín, 1982).